

La Generala de La Huerta

Miguel Wilken-Robertson

Ella es la matriarca, la líder tradicional de la comunidad indígena kumiai donde ella nació hace 87 años (Figura 1). Es buscada por sus vecinos para proporcionar liderazgo comunitario, por aquellos que buscan limpieza espiritual o un consejo, también por los investigadores que estudian la cultura e historia de los kumiai, y aun por gobernadores y presidentes que vienen de muy lejos para almorzar con esta legendaria personalidad. Esta notable mujer, Doña Teodora Cuero Robles, es conocida en las comunidades indígenas de Baja California como La Generala, un título que ella heredó de su marido Bernardo Aldama, quien por décadas fue el líder tradicional o General de la comunidad. Aunque la palabra “General” refleja el origen español del título, que surge de la época cuando las autoridades gubernamentales españolas y posteriormente también las mexicanas buscaron facilitar la comunicación con los grupos tribales al reconocer o nombrar autoridades indígenas, el concepto de liderazgo político, religioso y militar entre las bandas cazadoras-recolectoras de Baja California ya había sido observado por los primeros cronistas y etnógrafos de la región (Magaña 2005).

Hoy, el ser Generala significa que ella ejerce una gran influencia sobre las decisiones importantes en su comunidad. Cuando el comisariado o líder electo de la comunidad no está disponible, se le puede pedir a Teodora que firme documentos en su lugar. A menudo la invitan para que realice bendiciones en eventos y ceremonias indígenas, participe en conferencias nacionales e internacionales y, comparta su extenso conocimiento de la cultura tradicional en las reservaciones de los Estados Unidos. Cuando era niña (pobre, descalza y hablando solamente kumiai), ella nunca se imaginó que eventualmente su vida la llevaría en un viaje tan asombroso. Pero Teodora lo toma todo al paso, asumiendo la responsabilidad que su posición requiere, y compartiendo su sabiduría de anciana con una franqueza y un humor terrenal que ha fascinado a muchos, haciéndola una leyenda en su propio tiempo.

Doña Teodora nació en 1920 en La Huerta, lugar conocido también como Jtá en lengua kumiai. Este era originalmente un importante manantial en la ruta de los *shimules* o clanes kumiai llamados Koalh, Jtaam, Kuihás, Kuajal, Kuajá, Jumsulh, Mixkulh, Kwatl (Cuero 2007) y otros mientras se desplazaban en el recorrido anual entre la costa, las montañas y el desierto.

En veces iban a la costa, para Eréndira, para la costa de Ensenada, y más allá, ahí nada más en la orilla donde se podía, para los choros, los abulones y entonces hacían un cargamento para comer. Para allá (la costa) se iban en el invierno porque hacía menos frío y ya que se acaba el invierno, en primavera se venían para acá (La Huerta), porque sabían que acá iba a haber quelites y todo eso para comer y de aquí ya se iban para la sierra en tiempo de calor a cortar piñones, bellotitas, pamita, chía y todo eso, y cuando se acababa el piñón, venían otra vez aquí, y luego otra vez a la costa [Cuero, en Wilken-Robertson 2000].

Conforme se establecían las misiones dominicanas en el territorio de los kumiai, su vasta movilidad comenzó a ser restringida y los abundantes manantiales de Jtá probablemente se convirtieron en un asentamiento indígena permanente. En 1791, la misión de Santo Tomás fue establecida al oeste de Jtá, en un área a través de la cual las bandas de los clanes tales como el



Figura 2. Teodora Cuero, la Generala. (Foto: Miguel Wilken-Robertson)

Jataam originalmente viajaban en su ruta al océano. Eventualmente algunos de éstos se convirtieron en neófitos y se asentaron en la misión. En un estudio realizado en 1867 para el Smithsonian Institute, W. M. Gabb (1867) compiló listas de palabras del hataam (o el tomaseño) del área de Santo Tomás; éstas fueron comparadas con las listas de palabras de los yuma (quechan), kiliwa de San Quintín y cochimí de San Borja.

El nombre La Huerta puede ser por sí mismo un resultado de la relación entre la misión y los antepasados de los huerteños:

La Huerta no era su nombre; después lo pusieron. Allí se llamaba Jtáa, y allí estaban, allí estaban, hasta que llegó un misionero, que iba en una mulita, y otra para la carga, sus cobijas, sus lonches. Pero antes como no había mestizos, no podían ver uno porque huían. Que toda la gente iba al cerro, que no lo conocían, ni conocían al animal ni a la persona. Todos se huyeron, nomás que se quedó una señora ya grande, ella fue la que recibió, mas no sé cómo supo hablar en español. Ese misionero, dicen que su comida era pinole e higo seco. Quiso bautizar a la gente, y poco a poco estuvo llevando la gente, la viejita les llamaba que viniera, que no les hacía nada, que él quería enseñarles los rezos y bautizarlos y todo eso. Y ya, tan pronto como les enseñaron, supieron rezar las oraciones que él les enseñó. Dicen que ese fraile llevaba unas plantas y les enseñaba como ponerlas, y después

a ellos les gusto, y después venían a pie de La Huerta hasta Santo Tomas; de allí llevaban nopales, vara de uva, de viña, para poner ellos allá pues, como les enseñaron a poner, ya les gusto. Mucho más antes, que yo me acuerde, había muchos árboles frutales, como peras, duraznos, parra, chabacanos, nomás que llegaron unas heladas muy fuertes y lo secó todo. Pero no dejamos de poner árboles frutales, cada quien tenemos y comemos la fruta [Cuero 2007].

Incluso, un misionero de Santo Tomás fue reconocido por desalojar a un espíritu maligno de los manantiales de Jtá:

Dicen, yo no toque ver, pero antes allí tenemos un aguaje muy bonito que está saliendo, y que de allí estamos utilizando todavía. Y dicen que uno no se arrimaba allí porque si le salía una mujer vestida de blanco, si miraba alguien allí, se enfermaba y se moría. Por eso está prohibido que nadie se arrimara allí antes. Ya después, llego un cura, entonces le dijeron que fuera a bendecir el aguaje, porque no les gustaba esa mujer que salía, y se moría la gente. Ya con eso se quitó, el cura fue e hizo la bendición, y desde entonces ya no volvió a aparecer la mujer [Cuero 2007].

La misión de Santa Catalina fue fundada en 1797 en los manantiales de Jactobojo, en territorio kumatl y paipai, al sur de Jtá y a un día de caminata. Los clanes kumiai que vivían en Jta estuvieron en contacto con los de Jactobojo por mucho tiempo, y según Teodora, a veces formaban alianzas: “Si el jefe iba a hacer algo le hablaba al jefe de Catarina. O si no, iba a platicar con él; lo que se decidía en Catarina eso se hacía o si no, llegaban a un acuerdo. Mucho más antes dicen que así hacían; ellos se ponían de acuerdo” (Cuero 2007).

Después de la secularización de las misiones a mediados del siglo XIX, conforme grandes extensiones de terrenos, los cuáles habían sido territorio indígena, fueron concedidos a los no-indígenas, los kumiai vieron la necesidad de adoptar una forma de vida cada vez más sedentaria, a menudo trabajando para los dueños de los nuevos ranchos establecidos. En esa época todavía los indios por mucho excedían en número a los no-indios, así que los kumiai representaron la fuente principal de mano de obra en este nuevo orden, aprendiendo rápidamente los nuevos trabajos asociados a la cría de ganado, agricultura y posteriormente la minería. José Matías Moreno, en su reseña de la “Descripción del Partido Norte” de 1856, contó una población de 60 indios tanto “bravos” como “mansos” en La Huerta, y mencionó como dueño de la concesión de la tierra a Jesús Meléndrez. Teodora recuerda frecuentemente cómo sus antepasados trabajaron en los campos del terrateniente como trabajadores del rancho y vaqueros.

El informe de David Goldbaum de 1918 sobre las comunidades indígenas de Baja California, describe La Huerta en forma más detallada:

A lo más hay 30 hectáreas de terrenos utilizables, en los cuales siembran y tienen huertitas de árboles frutales y unas quince hectáreas bajo riego de los varios aguajes inmediatos a la ranchería.

En mi última visita hace cinco años había ocho casitas de palo con techos de tule y dos de adobe y madera. Viven actualmente allí, 32 hombres, 25 mujeres y 22 niños. Los hombres se ocupan en trabajos de campo y en juntar piñones, miel y cera de abeja.... Las mujeres y niños son los que hacen las siembras y cuidan las huertitas y los cultivos de hortalizas.

Hacen sus fiestas, en las cuáles se reúnen todos los de las rancherías



Figura 2. Teodora Cuero quemando salvia en la Cueva de los Rianos. (Foto: Miguel Wilken-Robertson)

inmediatas o de las de la misma tribu, por ser esta la más grande del distrito. Juegan el pioni y en sus bailes representan a varios animales silvestres como son el venado, tejón, león y otros [Goldbaum 1984].

Desde la infancia de Teodora, su familia ha seguido realizando el recorrido anual hasta los manchones de pinos piñoneros en las elevaciones más altas de la Sierra Juárez:

Para ir a los piñones, teníamos que salir el puro 15 de agosto; aunque se esté metiéndose el sol, tenemos que salir e ir a dormir detrás la loma. Y en la mañana allí vamos otra vez. Eso era como costumbre de uno: el 15 teníamos que salir de La Huerta. Otro día llegamos y ya, mi papa pues trabajó, subía a los pinos, cortaba las piñas, las tatemaba antes y sacábamos los piñones. Son más sabrosos los que están tatemados. Como van muchos piñoneros, luego lo acaban y nos cambiamos a otro lugar [Cuero 2007].

A menudo se encontraban a miembros de la tribu cucapá quienes también subían a cosechar piñones.

Hay una cueva, muy bonita por cierto, y siempre los cucapás (antes les decíamos “rianos”), esos cucapás venían y allí acampaban para comer piñones y bellotita dulce, todo eso, por eso quedó el nombre de la Cueva de los Rianos [Figura 2]. Pero eso hace muchos años atrás, ni siquiera ahorita vive ni uno de ellos, todos murieron, los que venían allí a esa cueva. Y nosotros cuando vamos, llegamos a esa cueva también, allí paramos. Me gusta mucho llegar allí. Es una cuevita que está en el puro plano, en la orilla del camino que va para más adelante, para el desierto. Y antes quedamos; y yo espero oír algún chiflido, algún algo así, pero nada oí. Muy

a gusto, allí nos escapábamos con las lluvias de verano cuando llovía. Cada año vamos, pero en el tiempo que haiga piñón. No dejo de ir yo a la sierra, haya o no haya piñones, para recordar. Me recuerda a muchas cosas, cuando estábamos acampados con mi 'ama, mi 'apa, cuando yo era niña, me gusta mucho todavía. Todos los domingos era fiesta para nosotros. En las noches todos nos reuníamos en esa cueva; iban indios cantantes de cucapá, y bailamos mucho. Yo andaba chiquilla yo, como de siete u ocho años [Cuero 2007].

A los 16 años de edad, Teodora se casó con Bernardo Aldama, del clan Hataam de La Huerta. Criaron a 13 niños, 49 nietos, 54 bisnietos. Eventualmente, Teodora comenzó a trabajar en la cocina de la escuela-internado (albergue), pero pronto fue promovida para enseñar la lengua kumiai.

Yo entre a trabajar porque la demás gente no tenía su acta de nacimiento, porque eso ocupa uno para trabajar allí. Entonces yo creía que no me iban a pagar, que yo iba a trabajar nomás para que comieran los niños, a eso entré, no porque iba a ganar dinero. Pero sí me pagaron, estaba ganando un sueldo. Estaba haciendo la comida para 27 niños. Y ya me dijeron que también enseñara el idioma nativo a los niños. Entonces yo les dije que no, porque la cocina es muy dura, no voy a tener chanza de tener ese rato para enseñar el idioma nativa. Pero yo creo que les gustó más que les enseñara, entonces buscaron otra cocinera, porque yo no les iba a hacer los dos trabajos por un solo sueldo. Entonces ya entré de maestra.

De todos modos [los estudiantes] no hablaban.... Es como que les da vergüenza. Yo digo que tienen vergüenza. Porque ni modo, si están viviendo en La Huerta, de todos modos, [aunque] hablen inglés les van a decir que son indígenas. No se escapan que les digan "indios". Para mí si es muy bonito que habemos indígenas, que habemos indígenas kumiai, cucapa, paipai, kiliwa. Muy bonito, como no. Yo siento muy orgullosa que soy indígena, hablo mi lengua y todo eso, se cantar en indio también y la bailo también. Y luego estoy muy orgullosa porque soy la mera nativa de Baja California. Soy nacida en mi pueblo, mis padres, mis abuelos todos vivieron allí. Tengo mucho orgullo de ser indígena. Y no dejo de hablar mi lengua porque es la mía propia. Porque ahorita estoy hablando en español, ¿voy a decir que no sé? No, mi lengua primeramente [Cuero 2007].

Junto con su marido el General, disfrutaron el visitar otras comunidades indígenas e hicieron amistad con otros indígenas a lo largo de la región. Debido a su extenso conocimiento de las aplicaciones medicinales de las plantas nativas y de la espiritualidad tradicional, Doña Teodora se ha dado a conocer como sanadora (Figura 3). Frecuentemente le piden realizar bendiciones para individuos o en ceremonias.

Teodora continuamente viaja a las reservaciones indígenas de los Estados Unidos para compartir su conocimiento de plantas comestibles y tradicionales. Ella enseña a los estudiantes no sólo para qué se utilizan las plantas, sino también cómo utilizar las plantas en una forma respetuosa.

Yo le digo, que esa plantita, que sigue dando sus hojitas muy verdes, sus tallos muy jugosos, para que siga dando medicina a muchas personas, con ese curan sus enfermedades. Porque hay plantas que curan muchas clases de enfermedades: como para la fiebre muy alta, para la toz, para el estómago, para la espalda, el para el dolor de cintura, para muchas enfermedades hay muy buenas hierbas que conocemos nosotros, y con eso nos curamos antes, y todavía le sigo usando yo



Figura 3. Teodora Cuero hace una bendición para el romero, una planta medicinal. (Foto: Miguel Wilken-Robertson)

[Cuero 2007].

Para su fiesta de cumpleaños 85, la familia de Teodora le organizó una gran celebración, aun cuando al principio a ella no le gustó la idea de la fiesta.

Mi hija Marta ... fue a decirme, “te vamos a hacer una fiesta el 20 de mayo, ya lo teníamos pensado. Vamos a invitar gente, tienes muchos conocidos y toda la cosa”. Y cuando se vino, yo pensé diferente. Yo, “¿porque les ocurrió? Nunca hacían. A lo mejor ya me voy a morir”. Me dio mucha tristeza. Y luego Marta otra vez. “Estas triste ‘amá, porque? ¿Porque te vamos a hacer la fiesta?” dijo. “Si” le dije, “por eso estoy triste. ¿Cómo se les ocurrió que iban a hacer esa fiesta?” “Pues mis hijos me decían, ‘vamos a hacer una fiesta para mi nana’. Pues lo hacemos, nomás le vamos a avisar antes.” Si, primero me dio mucha tristeza. Ya después me gusto. Salió muy bien, hubo mucha gente, muchos invitados, muchos regalos [Cuero 2007].

Hoy, a sus 87, La Generala es tan avispada como siempre y goza de su ocupada vida. También está consciente de que ella no es eterna y siente cierta urgencia por transmitir su conocimiento.

Si me pongo a platicar de esas cosas, que pongan atención, les digo que no voy a estar para siempre yo, un día me voy a morir, y ¿quién les va a decir? Entonces van a pensar, bien dijo Teodora que mientras ella vivía nos iba a enseñar cosas, y que le hiciéramos caso, que pusiéramos atención. Y ya no hallan que hacer, una cosa

que se les olvido, ¿a quien lo van a preguntar? ¿Cómo no le pregunté?

Yo fui una niña muy pobre, descalza, apenas me vestía. Mi papá ganaba muy poco dinero. La cosa es que estaba muy barato el sueldo, muy poquito, un peso nomás ganaba en el día. Pero si tengo mucho orgullo porque me llaman pa'ca, me llaman pa'lla, y así, les gusta mucho la historia que he dejado [Cuero 2007].

La vida de Teodora refleja sus profundas raíces en la tierra y en las culturas de Baja California. Como una mujer indígena que ha enfrentado adversidad y discriminación a través de su vida, ella ha desarrollado fuerza, conocimiento y un vivaz espíritu que le ha permitido emerger como una líder y un modelo para las futuras generaciones.

Bibliografía

Cuero Robles, Teodora

2007 "Entrevistas con Miguel Wilken-Robertson".

Magaña Mancillas, Mario Alberto

2005 *Ni muy tristona, ni muy tristona ...: testimonios de mujeres paipai y kumiai de Baja California*, Instituto de Cultura de Baja California, Mexicali.

Gabb, William

1867 "Comparative Yuman word lists", Smithsonian Institution, Washington, D.C.

Goldbaum, David

1984 "Noticia respecto a las comunidades de indígenas que pueblan el Distrito Norte de Baja California", *Calafia* 5(3):19-26.

Wilken-Robertson, Miguel

2000 "Grupos indígenas de Baja California y el medio ambiente: manejo tradicional y perspectivas actuales", *Memorias: Balances y Perspectivas de la Antropología e Historia de Baja California* 1:79-90.